MANIFIESTO



DE LA JUSTICIA, DE LA IMPORTANCIA

Y DE LA NECESIDAD QUE HALLA

EL REY NUESTRO SEÑOR

PARA OPONERSE Á LA AGRESION DEL USURPADOR BUONAPARTE, PROCURAR EL REPOSO Y TRANQUILIDAD DE LA EUROPA, Y PROTEGER LOS DERECHOS DE LA HUMANIDAD Y DE LA RELIGION, EN ALIANZA Y UNION CON LOS SOBERANOS QUE FIRMARON EN VIENA LA DECLARACION DE 13 DE MARZO DEL PRESENTE AÑO.

L. C. y Sol



DE ORDEN DE S. M.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1815.

EL REY.

Uno de los mejores reyes que ha tenido la Francia Luis XVI fué la víctima que la cabala de crueles regicidas sacrificó á su ambicion con asombro y terror del mundo, y con el mas acerbo dolor de la Francia, que vió cortada la serie de los soberanos de la dinastía de Borbon; de aquellos soberanos que nos presenta la historia con el sobrenombre de piadosos, justos, muy amados y padres de sus pueblos; de aquellos soberanos que sirviendo á Dios, y haciéndole servir, mantenian sus reinos en justicia, paz y tran-

quilidad, que hacen la prosperidad de los estados, y son el punto de vista de todo Gobierno; de aquellos soberanos que reconocian la responsabilidad del tiempo, de los desvelos y del amor á sus pueblos; de aquellos soberanos, en fin, que apoyando su gloria en la felicidad de sus estados, levantaron su reino del grado de una potencia de segundo órden al distinguido rango de dominante en la Europa. El golpe de una fatal cuchilla cortó el hilo de la vida de Luis XVI; sus virtudes reales, abandonando á la Francia, buscaron su asilo en el alma de Luis XVIII; y este desgraciado reino fue desde luego teatro sangriento de la anarquía y de las facciones. Variadas estas en diferentes formas, todas se convinieron en el sistema de sacrificar la prosperidad pública á su conservacion; y sucediéndose unas á otras, abortaron la tiranía de Buonaparte, y con-

centraron en su mano la arbitrariedad, hasta entonces egercitada por muchos.

A impulsos de la seduccion, de la supercheria y de la fuerza fue este hijo de los partidos proclamado Emperador por los pueblos de Francia; y favorecido por la fortuna de la guerra obtuvo el reconocimiento de Soberano por los diferentes estados de la Europa, quienes ni tenian en su poder el alterar los principios eternos de la justicia, ni menos la obligacion de sostenerlos hasta el extremo de aventurar la independencia y conservacion de sus súbditos, primera atencion de los Gobiernos. La España enseñó á todos el arte de acabar con el perturbador del mundo; y á su egemplo, despues de sofocar las rivalidades particulares, lograron las Potencias reunirse contra el enemigo comun, y concertaron la mas justa de las alianzas para restituir á la Francia

sus legítimos y deseados soberanos, y derrocar de su trono al sacrílego detentador. Fecundo este en recursos, nada escrupuloso en la eleccion de los medios, y acostumbrado á caracterizar de tratados los conciertos del fraude y de la violencia, pretendió conjurar la tormenta negociando conmigo en Valençay, y fue el fruto de sus arterías la humillacion de que fuesen frustradas. ¡Juzgaba el fementido que podia engañar dos veces, ó que cabia en mi corazon la idea de comprar la libertad con mengua de la salud de mis pueblos y ofensa de la tranquilidad de la Europa! El cielo no podia dejar de favorecer la empresa de sus primeros soberanos, tan reclamada por la moral, por la religion y por la humanidad; y todas empezaron á respirar con libertad cuando vieron sancionados sus derechos en el tratado de Paris. He aqui los títulos so-

bre que Buonaparte apoya su derecho á la corona de Francia, y su pretension á recobrarla, sostenido por la parte desmoralizada de esta nacion, con llanto y dolor de la mas sana, que suspira por vivir baxo los auspicios del justo y clemente Luis XVIII.

Luego que á esfuerzos de la fidelidad y del valor de la España, en combinacion con las demas Potencias, se quebrantáron las cadenas que me confinaron en Valençay, salí de esta residencia para colocarme en médio de mis vasallos como un padre en médio de sus hijos. A la complacencia, Españoles, de verme entre vosotros se unia el propósito y la dulce esperanza de reparar en una larga paz los estragos de la guerra mas desoladora y sangrienta. Nada me afligia sino la dificultad de la empresa. La guerra habia despoblado las provincias, convertido en eriales las tierras mas fructí-

feras, obstruido su comercio, debilitado las artes, corrompido las costumbres, alterado la religion y enervado las leyes. ¡Cuantos, cuan graves y cuan dignos objetos para ocupar la atencion de un Soberano, que no ha nacido para sí, sino para labrar la prosperidad de los pueblos que la divina Providencia cometió á su cuidado y vigilancia! ¡En cuan poco tiempo se destruye la obra de muchos siglos, y cuantas dificultades no ofrece su reparacion! Todas me prometia vencerlas con la constancia, con la paz permanente y con los desvelos de un gobierno paternal protegidos por la Providencia; pero esta por sus altos é incomprensibles designios ha permitido que Buonaparte vuelva á perturbar la Europa, y declararse su enemigo, quebrantando las determinaciones del tratado de Paris. Asi la guerra que preparó este como sus acuerdos tuvieron por basa los principios eter-

nos del órden que justifican la marcha de los Gabinetes, y eximen de toda responsabilidad sus alianzas.

El bien y las ventajas de la Francia y de la tranquilidad general fueron el objeto de estas transacciones; para esto restituyeron á su trono la dinastía despojada, colocaron en él al justo, al deseado por sus pueblos, al conciliante y pacífico Luis XVIII, y libertaron al mundo de un conquistador, que no conociendo otra gloria que la de la guerra, arruinaba á la Francia para llevar la desolacion á las naciones que queria subyugar.

La guerra, pues, que ha provocado la agresion de Buonaparte, no solo está justificada por la obligacion que tiene todo soberano de mantener sus garantías y confederaciones, sino tambien por los sagrados deberes que le impone la institucion de las soberanías.

La guerra es un mal pernicioso: ningun Gobierno debe emprenderla sino para redimir á los pueblos de calamidades mas grandes que las de la misma guerra. Este es el caso, Españoles, en que nos hallamos. Buonaparte despues de su agresion contra la Francia y su legítimo Soberano, y de haber quebrantado el tratado que consintió, sostiene que no ha ofendido á nadie, que ha recobrado sus legítimos derechos, que los soberanos no pueden ponerlos en disputa, y que quiere vivir en paz con todos. No es la paz la que quiere el invasor, quiere sí verse desembarazado de atenciones estrangeras para emplear la parte armada de la nacion francesa contra la mayor y mas sana, pero inerme, de la misma. Para no omitir género alguno de insulto pretende que se le crea que va á trabajar por la paz y prosperidad de la Europa, como si esta hubiese olvidado que

desde que tomó las riendas del poder se han renovado constantemente guerras terribles, y las fuentes de la prosperidad pública se han agotado en todos los paises sometidos á su influencia, ó como si pudiese caer en el absurdo de imaginar que es capaz Buonaparte de desprenderse de sus máximas invariablemente observadas.

La España no necesita pedir lecciones á nadie; en sus funestos desengaños las tiene harto instructivas. Con dos suertes de guerra ha sido afligida por Buonaparte: hasta el año de 1808 la hizo á su dignidad, á los tesoros, á las escuadras y á los egércitos españoles, haciéndolos servir á sus designios; y á esto llamó amistad este aliado esterminador. Y para que nadie se fiase en las seguridades de la gratitud, el mismo año egercitó en Bayona las maquinaciones bien conocidas del público: despues para sostener la obra mas atroz de

la perfidia y de la violencia derramó la desolacion y el estrago sobre las provincias de esta nacion, y la trató como á una propiedad libre de que puede disponer su dueño en favor de quien le parece, con las condiciones de su arbitrio. Buonaparte no se ha desmentido: señala su nueva época sacrificando á su vanidad el Soberano legítimo é idolatrado de la Francia, y la libertad de esta Potencia, poniéndose al frente de una faccion interesada en continuar los estragos de la humanidad. Buonaparte desde la capital de la Francia dice á todas las naciones, no me creais, habeis transigido en las paces precedentes con vuestros intereses los mas preciosos, y con vuestros deberes los mas sagrados, para comprar la tranquilidad de los pueblos; pero estos han quedado burlados. Buonaparte desde la residencia del trono frances dice á los soberanos, contra vuestra

conviccion reconocisteis en otro tiempo mis derechos usurpados, y me permitisteis sentar entre vosotros, y el resultado no ha sido otro que el de alimentar mi vanidad y mi ambicion. Buonaparte en fin dice al mundo, todas estas complacencias han sido despreciadas por un hombre sin fe y sin ley, que no halla medio entre su esterminio y el del género humano.

En tales circunstancias nadie puede vacilar en la eleccion del partido: toda la Europa ha tomado el mas seguro, el mas ventajoso y el mas honorífico. Las desconfianzas entre las Potencias han desaparecido, sus intereses ya estan asociados por el riesgo comun. La Prusia no será pasiva espectadora de los reveses del Austria. El Austria no mirará con indiferencia la suerte de la Prusia. La Rusia no permitirá que la parte del mediodia de la Europa se distribuya en hereda-

mientos para alimentar esclavos coronados. La Inglaterra persistirá en que no comparezca de nuevo en la escena de los soberanos el temerario Buonaparte, que se atrevió á dar leyes á los mares, cuando todos los navíos de Francia estaban encadenados en sus puertos; y en fin los soberanos, bien persuadidos de que la generosidad no es un correctivo para las almas de cierto temple, no darán oidos sino á las reclamaciones de la justicia y de la salud pública, que es la ley suprema de los Gobiernos.

Aquí teneis, Españoles, una guerra ordenada por esta ley: ella es inocente y perfectamente justa, porque está calculada para el bien de los pueblos y seguridad de los soberanos, llamados por la Providencia y por las leyes fundamentales para gobernarlos. Tambien es prudente, porque los medios que han tomado, y si-

guen tomando las Potencias combinadas para reconquistar la paz de la Europa, son conformes á la gravedad y á la importancia de la empresa; y sobre todo es necesaria, porque los cuerpos de las naciones, así como los individuos, no pueden desentenderse de la ley de la conservacion, ni transigir sobre su defensa contra el perturbador de la tranquilidad del mundo.

No parte la necesidad de la guerra de este solo principio; la teneis, Españoles, y muy imperiosa de luchar contra el autor que fraguó el impío plan para arruinar la obra de Jesucristo, y acabar en dos ó quatro años la que él llamó en sus instrucciones á Cervelloni, fábrica del engaño y de la preocupacion. Este es Buonaparte, que no contento con ser el orígen de las calamidades, quiere que se sufran sin apoyo, sin consuelo, sin esperan-

za de una mejor suerte, sin los socorros en fin de la tierna, oficiosa y compasiva religion católica. No convienen á Napoleon unos dogmas que condenan el derecho de la fuerza, único que reconoce; unos dogmas que predican la justicia y la equidad, no pueden agradar al usurpador de los tronos, no convienen en fin á quien sostiene que los nombres de justo, equitativo y virtuoso pertenecen esclusivamente á los conquistadores.

La justicia, Españoles, la prudencia, la ley de la defensa y la religion ordenan esta guerra para redimir á la Francia y á su trono del yugo de la opresion bajo que gimen, y para conquistar la tranquilidad y reposo del mundo. Los consejos de la ambicion no han tenido la menor influencia en tan íntegro tribunal. La Francia no será desmembrada ni en sus plazas ni en sus provincias. Sus límites se-

rán religiosamente respetados; y para que los egércitos auxiliares no sienten el pie dentro de ellos, no necesita la Francia de mas impulso que reflexionar sobre el ultraje que se irroga á su dignidad nacional, haciéndola un objeto del juguete y burla de las facciones; que una nacion empieza á ser esclava desde que pierde los reyes llamados por sus leyes fundamentales; y que el ver con apática indiferencia el cambio de un Rey padre de sus pueblos por un monstruo que se nutre de sangre humana, es la mas torpe de las especulaciones.

Bien conozco la autoridad que me compete de declarar y hacer la guerra. Estoy seguro de que mis vasallos descansarán en la confianza de que un Rey, que funda su felicidad en la de sus pueblos, no puede emprender la guerra sin el dolor de verse en la precision de defenderlos. Pero he querido llamar en mi auxi-

lio la fuerza de la conviccion, para afianzar la reputacion de justo en el concepto de las naciones, para vigorizar el valor de mis tropas, estimular la generosidad de los pudientes, sostener la resignacion de todos en los trabajos de esta fatalidad, y para que, santificada la guerra, todos esperen en el auxilio del distribuidor de las victorias. De mi Real Palacio de Madrid á 2 de Mayo de 1815.=Firmado= Fernando.=Refrendado=Pedro Cevallos.


114
PAPELES
VARIOS



24